

“el cuarto Evangelio) sabia mejor las circunstancias exteriores de la vida del fundador, que el grupo cuyos recuerdos han constituido los Evangelios sinópticos. Ella tenia sobre la permanencia de Jesus en Jerusalem datos de que carecian los otros (1). Todo el que escriba la vida de Jesus sin haber formado juicio sobre el valor de los Evangelios, y dejándose únicamente guiar por el sentimiento del asunto, se verá obligado en multitud de casos, a preferir la narracion de Juan á la de los sinópticos (2).”

Finalmente, M. Renan, concluye así sobre los cuatro Evangelios:

“Creo que estas explicaciones serán suficientes, para que se vea, en la continuacion del relato, los motivos que me han determinado á preferir á tal ó cual de los cuatro guías que tenemos para la vida de Jesus. En suma, YO ADMITO COMO AUTENTICOS LOS CUATRO EVANGELIOS CANÓNICOS. Todos, á mi juicio, ascienden al primer siglo, y son próximamente poco mas ó menos (á peu pres) (3) de los autores á quienes se atribuyen (4).”

A esta confesion, la mas importante que haya hecho la incredulidad sobre la autenticidad y la credibilidad histórica de los Evangelios desde que los puso en duda una ciencia falsa, añade M. Renan una confirmacion que le es enteramente personal y que no debemos despreciar.

“A la lectura de los textos, dice, he podido agregar una circunstancia de grande influencia para ilustrar este punto; la vista de los sitios en que pasaron los acontecimientos. Teniendo por objeto la mision científica que yo dirigí en 1860 y 1861, la exploracion de la antigua Fenicia, tuve que residir en las fronteras de Galilea, y que viajar por ella con frecuencia. Atravezé en todas direcciones la provincia evangélica, visité Jerusalem, Hebron y la Samaria, no dejando de examinar casi ninguna localidad importante de la historia de Jesus. Toda esta historia que á cierta distancia parece flotar en las nubes de un mundo sin realidad, adquirió así un cuerpo, una solidez que me admiraron. La notable correlacion entre los textos y los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de cuadro, fueron para mí como una revelacion. Tuve á mi vista un quinto Evangelio, destrozado, pero legible aun, y vi para adelante moverse y vivir al través de las narraciones de Mateo y de Márcos; en lugar de un ser abstracto que parecia no haber existido jamas, una admirable figura humana (5).”

Tales son las confesiones que hace la incredulidad en el siglo diez y nueve; y tienen, en nuestro juicio, una influencia que no se ha apreciado bastante, al menos por los creyentes; porque la incredulidad se ha alarmado con ellas, y ahora veremos cuanta razon ha tenido, por la falsa situacion en que la han colocado. Mas preocupados con lo que falta á estas confesiones que con lo que contienen, se ha atacado á M. Renan por sus reservas, sin tomar acta de sus declaraciones. Ha habido razon para ello, atendiendo á la

(1) *Vida de Jesus*, introduccion pág. XXXVII.

(2) *Ibid*, *ibid*, pág. XXXVI.

(3) Este poco mas ó menos causa risa á muchos.

(4) *Vida de Jesus*, introduccion, pág. XXXVII.

(5) *Vida de Jesus*, introduccion pág. LIII.

verdad absoluta; y precisamente por haberse sentenciado definitivamente á M. Renan sobre este punto, es por lo que nos hallamos mas desembarazados respecto del de las confesiones. Pero en buena táctica, si se despreciaran estas, se perdería una ventaja cuyas consecuencias son decisivas en el debate. ¿Qué importa, por el momento, que juzgue M. Renan á San Mateo inferior ó sospechoso siquiera en la narracion, y á San Juan en los discursos, si reconoce ser incomparable San Mateo en los discursos y San Juan en la narracion, y dignos de una confianza extraordinaria; si nos ofrece San Lucas un terreno sólido en un Evangelio en que se admira la unidad mas perfecta, tomado de las fuentes mas antiguas, y admirable por su inspiracion, por sus felices rasgos y relieves; si San Márcos muestra una claridad y nitidez todavía superior, que solo puede ser propia de un testigo ocular que siguió evidentemente á Jesus, lo contempló de muy cerca y conservó una viva imagen suya; si finalmente, se oye al mismo Jesus en San Mateo, si se le ve en San Márcos, si se le toca en San Juan, en el mismo grado en que se le contempla en San Lucas, y si reciben ademas los cuatro Evangelios decididamente auténticos del primer siglo, por la admirable correlacion entre los textos y los lugares, una confirmacion palpable para el mismo M. Renan y que equivale á un quinto Evangelio y como á una revelacion?

No debemos ser sobrado exigentes en verdad. Deben permitirse á M. Renan sus preferencias, y puede dejarsele escoger; por lo demas, á nosotros nos da algo de prueba y de verdad, y como la verdad es una, por poco que nos conceda, y nos concede lo suficiente, queda prendido en ella.

El mismo lo conoce, de tal suerte, que al mismo tiempo que hace estas confesiones, trata de librarse de ellas por medio de sus explicaciones.

Pero estas explicaciones son de tal naturaleza, que lo mismo que sucede respecto de las profecias, solo testifican lo apurado de la situacion y solo sirven para agravarla.

## II.

Y en primer lugar, me veo obligado á repetirlo, porque este es el único resorte de toda la obra de M. Renan, aunque los Evangelios son auténticos y ofrecen mas garantías históricas que ningun otro relato, son en su concepto necesariamente legendarios, por el solo hecho de tratarse en ellos de milagros y de lo sobrenatural. La presuposicion de que es imposible el milagro domina sobre toda razon de autenticidad y de credibilidad. La teoría violenta el hecho, el hecho que debiera servir al menos para probar ó experimentar la teoría.

M. Renan, que conoce todo lo irracional de esta critica, se defiende de ella diciendo: “Tratar de explicar estos relatos, ó reducirlos á leyendas, no es mutilar los hechos á nombre de la teoría, es partir de la observacion de los hechos.” Y en apoyo de esta última asercion, sienta como un hecho que no se ha verificado milagro alguno ante una reunion de hombres capaces, segun él, de justificar el carácter milagroso de un hecho, y que no ofreciendo bajo este concepto los milagros de lo pasado mas garantía que los

milagros contemporáneos (lo cual es la cuestion) es probable que nos ofrecerian igualmente su parte ilusoria, si nos fuera posible examinar y criticar sus pormenores. "No es en nombre de tal ó cual filosofía, sino en nombre "de una experiencia constante, como desterramos el milagro de la historia" (1) y por consiguiente de los Evangelios, á pesar de su autenticidad.

Reservándonos la cuestion del milagro para el capítulo siguiente, nos basta advertir respecto de los Evangelios, que si no fuera en nombre de tal filosofía que aqui se disimula, pero que se ostenta sobrado en otros pasajes, como M. Renan destierra el milagro de la historia, deberia por lo menos oirse á la historia sobre la cuestion del milagro. No siendo esta una cuestion de principio, segun vosotros, sino de hecho, es trastornar los términos de toda investigacion seria y decidir la cuestion por la cuestion misma, oponer el hecho al testimonio, en lugar de proceder del testimonio al hecho. Experimentad cuanto querais el testimonio, bien sea en sí mismo, bien relativamente al hecho en cuestion; y si despues de esto reconocéis su autenticidad histórica y su veracidad moral, respetad su certidumbre y soportad sus consecuencias, como respecto de todo testimonio experimentado. No hagáis que ceda esta certidumbre á la probabilidad de una ilusion que ella excluye. De lo contrario, os colocais en la situacion radicalmente absurda de pretender que un testimonio que reconocéis como auténtico y verídico sea al mismo tiempo legendario y falso, de molestaros en dar explicaciones que habreis hecho previamente imposibles, y finalmente, de afirmar la verdad que queréis combatir, interesando en su certidumbre los mismos fundamentos de toda certidumbre histórica y los primeros elementos de la razon.

Esto es, en efecto, lo que sucede al autor de la *Vida de Jesus*, y lo que requería de él el partido previamente concebido de su sistema.

Para no incurrir en contradiccion, intenta primeramente sostenerse en el próximamente, en el poco mas ó menos. ¿Son los Evangelios biografias verídicas? ¿Son leyendas ficticias? Ni uno ni otro, y lo uno y lo otro; ni sí ni no, y sí y no. "No son biografias á la manera de Suetonio, ni leyendas "ficticias á la manera de Filóstrato; son biografias legendarias (2)" Sistema cómodo para la adivinacion y la conjetura, que permite tomar y dejar lo que se quiere, y hacer por sí una biografia novelesca; pero sistema que se destruye por sus mismas ventajas y que deja á su autor entre dos alternativas, sin poder alzarse sobre ninguna.

¿Y cómo pueden ser legendarias estas biografias, tales como las han caracterizado las confesiones de M. Renan?

A esta pregunta responde M. Renan, primeramente, que "hay leyenda y "leyenda (3)." Y se apresura á poner los Evangelios canónicos á gran distancia de los evangelios apócrifos. "Estas composiciones, dice, hablando "de los últimos, no deben considerarse en manera alguna bajo el mismo pié "que los Evangelios canónicos. Son ampliaciones pueriles y desabridas

(1) *Vida de Jesus*, introduccion, p. 1-11.

(2) *Vida de Jesus*, introduccion, p. XLIV.

(3) *Ibid, ibid*, introduccion, p. XV.

que tienen por base los Evangelios canónicos, y no añaden á ellos nada que "tenga precio alguno (1)."

Pero ¿qué es en lo que no pueden considerarse los apócrifos de ningun modo, bajo el mismo pié que los canónicos? ¿Qué es lo que separa, pues, tanto á estos de aquellos, si no es precisamente su carácter profundamente histórico y antilegendario, su disposicion enteramente biográfica, el austero desinterés de su toque, de su crítica, de su sobriedad de línea, que solo deja ver el dibujo sin color, la fidelidad sin emocion, el simple relato de los hechos y de los rasgos del Hombre-Dios, y si es lícito hablar así, su fotografia sin retoque? Considerando los Evangelios tan solo en sí mismos, independientemente de todo testimonio exterior, se hallan tan lejos de la leyenda, que es hasta desconocerlos, asimilarlos á biografias á la manera de Suetonio, y es necesario ver en ellos informaciones verbales incomparables de la Verdad misma que los inspiró.

Esta manera, decíamos en nuestros *Estudios*, que solo pudo ser inspirada por la sinceridad y la conviccion llevadas al mas alto grado, da al Evangelio un aire de verdad sumamente notable. No puede menos de creerse aquello en que tan poco empeño se tiene de hacer creer, lo que se teme tan poco que no se crea. Esta falta completa de reflexiones y de ornatos realza los hechos y les da un aspecto notable de rigurosa fidelidad; haciéndoles parecer mas que una reproduccion, algo de la realidad misma, como si los hechos mismos vinieran á imprimirse en esto fondo de candor inalterable. Refiere una piadosa tradicion, que cuando iba Jesus al suplicio, abrumado con el peso de su cruz, penetró por entre la turba encarnizada de sus verdugos una santa mujer, y acercándose á su persona, aplicó á su adorable rostro un lienzo blanco para enjugar el sudor y la sangre que de él goteaban; y que en recompensa de esta animosa compasion, se verificó un milagro, quedando impresas las facciones de la augusta víctima en el lienzo consolador. De la misma manera puede decirse que el Evangelio nos reproduce los rasgos de la vida de Jesus; y él es para nosotros, en su cándida y verídica sencillez, como el velo de la Verónica (2).

Sin embargo, hé aquí cómo se verificó esto, segun Renan.

"Lo indudable es que se escribieron muy temprano los discursos de Jesus en lengua armenia, y se escribieron tambien muy temprano sus acciones mas notables (3). Estos textos no se hallaban fijos y determinados "dogmáticamente (4). Ademas de los Evangelios que han llegado hasta "nosotros, hubo otros evangelios que pretendian representar las tradiciones

[1] *Ibid., ibid.*, p. XLIII.

[2] *Estudios*, t. IV.; p. 154.

[3] Esto es en efecto indudable.

[4] ¿De dónde saca esto M. Renan? ¿De dónde saca, por ejemplo, que no fueran fijos y determinados desde su primera redaccion los textos de S. Mateo y de San Marcos, y cómo reclama sobre este punto mas que la fé que rehusa al Evangelio?

“de los testigos oculares (1). A estos escritos se daba poca importancia, y los que los conservaban, tales como Papias, preferían á ellos la tradición oral (2). Como se creía aún próximo el fin del mundo, se cuidaba poco en componer libros para el porvenir, y solo se trataba de guardar en el corazón la imagen viva de aquel á quien se esperaba volver á ver en breve en las nubes. De aquí la poca autoridad de que gozaron durante ciento cincuenta años los textos evangélicos (3). No se tenía el menor escrúpulo en insertar en ellos adiciones, en combinarlos de diverso modo, y completarlos unos con otros (4). El pobre hombre que solo tiene un libro, quiere que contenga todo cuanto afecta su corazón. Prestábanse, pues, mutuamente estos libritos ó cuadernos; cada cual transcribía al margen de su ejemplar las palabras y las parábolas, que encontraba en los demás y que le

(1) Es posible; ¿pero qué importa contra los que han llegado hasta nosotros, y que se distinguieron desde un principio, como reconoce el mismo Strauss? Véase más adelante.

(2) Papias es el maniquí de M. Renan, al que hace decir cuanto quiere. Este autor del primer siglo, á quien solo conocemos hoy por Eusebio, fué investigador escrupuloso de las tradiciones apostólicas; el cual consignó ó justificó desde el primer siglo la importancia de los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, con este título: *Colección de Oráculos (ó discursos) del Señor*: diciendo de San Mateo: “Mateo escribió en hebreo los oráculos del Señor,” y cada uno los interpretó como pudo, y de San Marcos: “Marcos solo tuvo el cuidado de no omitir ninguna de las cosas que habia sabido ó aprendido, y de no mezclarles nada falso.” De aquí deduce M. Renan que se compuso en un principio el Evangelio de San Mateo solo de discursos, y el de San Marcos solo de los hechos de Jesús, á pesar de desmentirlo el título comun con que designa Papias ambos Evangelios: *Colección de discursos del Señor*. Todo esto para venir á pretender, sin otra razón, que los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, se redactaron posteriormente de otra suerte que en su redacción primitiva, y que lo que solo era discursos ó hechos en cada uno de ellos, llegó á ser discursos y hechos mezclados en uno y otro; y que en su consecuencia, fueron recompuestos ó refundidos estos Evangelios. Esto es lo que se llama *adivination y conjetura*.

(3) Lo que dice aquí M. Renan sobre la poca importancia y autoridad de los Evangelios durante 150 años, no le es nada favorable sino contrario en todo. En primer lugar, Papias al decir que *cada cual interpretaba los oráculos del Señor escritos en hebreo* por San Mateo; despues San Justino que nos dice que en su tiempo, esto es, á principios del siglo segundo, era uso, como lo es en el día, leer en la congregación de fieles, durante la celebración del sacrificio, las memorias de los apóstoles que se llaman, dice, *Evangelios* (1.ª Apología, n. 66 y 67.) Finalmente, el testimonio tan conocido de San Ireneo, en que hace ver el contesto de cada uno de los cuatro Evangelios, invariablemente determinado y garantizado por el combate mismo de que su sentido era objeto por parte de los diversos herejes contra la Iglesia.—Esto hace caer en tierra todo lo que sigue de la cita de M. Renan.

(4) ¡Cómo es esto imaginable respecto de libros que eran sagrados, que se leían en la solemnidad de las asambleas de los fieles, y que constituían autoridad aun para los herejes!

“causaban impresion. Así ha salido la cosa mas bella del mundo de una elaboración oscura y completamente popular.”

Todo esto quiere mas credulidad que fé reclaman los Evangelios. Es tan falso en historia como en lógica. En historia no ha habido, entre la redacción de los Evangelios y la tradición que los consagró, un intervalo de tiempo en que se hallaran abandonados á la fantasía popular. En lógica, todos estos libritos ó cuadernos anotados de diverso modo por cada pobre hombre que los poseía, y despues refundidos un dia, que se ignora cual fuese, y sin noticia de la Iglesia y de todos sus enemigos en la *cosa mas bella del mundo*, por no sé qué golpe de varilla mágica en que nadie pensó mas que M. Renan en 1863, es digno de los cuentos de Perrault. En fin, el mismo M. Renan se prohíbe todos estos delirios, cuando confiesa “que el Evangelio de San Marcos era *sin duda alguna* de un testigo ocular que siguió evidentemente á Jesucristo, que le amó y contempló de muy cerca, que conservó una viva imagen de él, y que debió ser el mismo apóstol San Pedro como pretende Papias.”

Por lo demás, M. Renan aplica solo á los dos primeros Evangelios esta explicación legendaria. En cuanto á San Lucas y á San Juan, trata de explicarlos de otro modo.

San Lucas es recusable por un carácter que es precisamente opuesto á la leyenda. No hay duda que es suyo el Evangelio que lleva su nombre, y es una composición regular ó conforme á las reglas, cual ninguna, *escrita toda ella por la misma mano en que se admira la unidad mas perfecta*. Pero tiene precisamente el defecto de ser demasiado personal. Es un documento de segunda mano: en él se advierte al escritor que compila; es un devoto sumamente exacto, pero que exagera lo maravilloso, que gusta especialmente de anécdotas, que pone de relieve la conversión de los pecadores, la exaltación de los humildes..... en fin, un Evangelista. Este es un crimen.

Lo cierto es que los Evangelistas nos ofrecen en su unidad superior una admirable diversidad de garantías que han sido caracterizadas por los atributos que se les han prestado. San Lucas justifica particularmente la paciencia y la fidelidad del laborioso animal que le simboliza, por el cuidado que se toma en recoger escrupulosamente todos los elementos históricos que componen su Evangelio. Habitado á la observación y á la exactitud por su primer profesion de médico, formado por la elevada enseñanza de San Pablo en el celo generoso de la verdad, principia su Evangelio con este exordio, cada una de cuyas palabras respira la rígida conciencia de un grave historiador que siente todo el peso de su misión y que conoce el fondo, ya experimentado, de certidumbre histórica sobre que trabaja.

“Porque muchos han emprendido escribir la historia de las cosas que han pasado ó se han cumplido enteramente entre nosotros, segun la relación que nos han hecho los que desde el principio las vieron y fueron ministros de la palabra;—me pareció tambien á mí exactamente informado de todas ellas

desde su origen, escribírtelas por su orden, muy ilustre Teófilo,—para que conozcas la verdad de todo lo que se te ha enseñado (1).”

Hé aquí la falta de San Lucas, según M. Renan, la misma que la de San Marcos, la de haber tenido solo el cuidado de no omitir ninguna de las cosas que había sabido, y de no mezclar en ellas nada falso; “como dice Papías.”

San Juan debía naturalmente tener la falta del *Aguila*, la de elevarse demasiado en su metafísica del Verbo, que M. Renan confunde con la gnosis de Filon, contra la que precisamente se compuso. No emprendemos defender contra M. Renan la sublimidad del principio del Evangelio de San Juan, que quisieron grabar los neoplatónicos en las letras de oro en su academia, ni los discursos de Jesús al instituir la Eucaristía, en que parecen romperse y derramarse sobre los hombres las entrañas mismas de la divina caridad, y en el que tiene M. Renan la desgracia de ver solo un *facticio*, y adornos retóricos, todo para deducir que los discursos que contiene no son de Jesús, porque se habla en ellos demasiado de su divinidad; es decir, porque se manifiesta su divinidad en ellos.

Pero ¿qué importa esto para la demostración general que queremos sacar de la obra de M. Renan, puesto que inclinándose enteramente á creer que no son de San Juan aquellos discursos, admite no obstante, y aun justifica con toda clase de razones, que tenemos en San Juan, especialmente en la narrativa, un testigo ocular de la mayor autoridad, y que este es verdaderamente el Evangelio “según Juan” en el mismo sentido que los demás Evangelios son los Evangelios «según Mateo,» «según Marcos» y «según Lucas;» es decir, *próximamente ó poco más ó menos (á peu pres)*?

M. Renan lo concederá todo, con tal que se le pase este *poco más ó menos*. Y en efecto, el partido que saca de él es maravilloso. Escuchadle.

“Los pormenores (entonces) no son verdaderos según la letra, sino que “son ciertos con una verdad superior; son más verdaderos que la verdad desnuda, en el sentido de ser la verdad expresiva y locuente, elevada á la altura de una idea (2). En las historias de este género, la gran señal de que “son verdaderas, es el haberse conseguido combinar los textos de modo que “constituyan un relato lógico, verosímil y en que nada desentone. Lo que “debe buscarse, no es la pequeña certidumbre de las minuciosidades, es la “exactitud del sentimiento general, la verdad del colorido. Los textos necesitan la interpretación del gusto; es preciso solicitarlos suavemente (jesuíticamente, como se diría entre nosotros) hasta que lleguen á coordinarse “y suministrar un conjunto en que se hallen felizmente fundidos toda clase “de datos (3).” Y de donde quede eliminado todo lo sobrenatural.

¡Oh maravilla del *próximamente; del poco más ó menos*.

(1) Luc. 1, 2 y 3. Sobre cuyo pasaje hace Grocio esta reflexión: Significat Lucas se non ante quievissse, quam rerum quas diversi scriptores prodiderant testimonia radicatus inquisivisset, ut ita explorata ab incertis discernens, nihil ipse non bene compertum literis consignaret (*Annot. ad Lucam*).

(2) *Vida de Jesús*, introducción, pág. XLVIII.

(3) *Vida de Jesús*, introducción pág. LXV-LXVI.

¿Pero tal vez preguntéis cuál es la piedra de toque, el *criterium* con arreglo al cual, M. Renan desecha, admite, coordina, combina y solicita así los textos evangélicos? Porque, en fin es preciso un *criterium* bueno ó malo. Pues bien, M. Renan es superior á todo criterio. Juzga sin juicio, no se obliga á nada para con nadie, ni aun con respecto á sí mismo. Para él nunca es una cosa verdadera, dudosa ó falsa en sí: *llega á serlo* según es favorable ó contrario á su interés. No tiene límites ni caracteres lo verdadero y lo falso; son como los colores en la paleta, los cuales toma, separa, vuelve á tomar, mezcla, gradúa (*nuance*) (1) sobre todo, según la fantasía de su pincel. Así, ¿dónde ha visto que no sean verdaderos en San Juan los discursos de Jesús y que sea en él digno de una confianza extraordinaria la parte narrativa? En ninguna parte, sino en el interés que tiene en deshacerse de los testimonios de la divinidad de Jesús que brillan en sus discursos. Esto es el cinismo, puede decirse de la arbitrariedad y del interés; de tal suerte, que llegando lo arbitrario al mismo arbitrario, vá dar crédito á estos mismos discursos y á desmentir estos mismos hechos, según las ocasiones, sin tener en cuenta el juicio arbitrario que ha dado ya en sentido inverso.

Pero direis, esto no es verdaderamente formal y serio. Esto es tan formal, os contestaré, como puede serlo la incredulidad. Porque, en definitiva, M. Renan ha salido mal de su empeño; pero ¿quién de los demás incrédulos ha salido mejor que él, no bien ha intentado exhibir las razones de su incredulidad? ¿Es menos repudiado Strauss por el sentido común y la ciencia, porque sea un autor de más peso? Y M. Scherer y M. Havet, que después de haber ensalzado la obra de M. Renan en su conjunto, la desconocen y la repudian en sus pormenores, ¿qué otra cosa mejor ponen en su lugar? Ya lo hemos visto y lo volveremos á ver.

Aquí se hallan de acuerdo con nosotros y con todo el mundo, para dejar por cuenta de M. Renan su teoría del *poco más ó menos* (2).

Digamos en primer lugar que nada resiste más á esta teoría que el carácter propio de los Evangelios. Ningun historiador les es comparable bajo este punto.

Todo se halla en Jesús, dice Bossuet, *su vida, su doctrina, sus milagros*. El Evangelio es un tejido apretado de que no puede quitarse un solo hilo, una jota. En él se enlazan de una manera indisoluble la moral, la doctrina y

(1) Véase la nota al fin de la obra.

(2) M. Larroche, que á pesar de su incredulidad demasiado notoria, ha conservado una conciencia que esperamos le hará desistir de aquella, dice sobre este punto: “Confieso que no comprendo nada de nada, si se me demuestra que me engaño al declarar que el arte de sustituir á la verdad desnuda la verdad del colorido, de combinar los textos con el gusto, de solicitarlos suavemente, hasta que se les lleva á decir lo que se quiera que digan, es la destrucción de las reglas de una buena y severa crítica admitidas hasta el día; es el arte de los intérpretes pasados, presentes y futuros; y en verdad, que no debería esperarse verlo enseñado por un hombre de tan grande autoridad en materia de erudición como M. Renan.”

(Opinion de los deistas racionalistas sobre la VIDA DE JESUS, de M. Renan.)